

Por el libro de Andreï Makine vemos pasar todo un mundo y toda una civilización: Marcel Proust comiendo racimos de uva, Félix Faure muriendo en brazos de su amante, hermosas mujeres representando la belleza y el perfume del deseo, las calles de París, los bares de Neuilly, la batalla de Verdún...

El adolescente vivirá como un desgarramiento su escisión entre la realidad francesa y la realidad rusa. Mientras lo francés representa el espíritu, lo ruso encarna sus instintos más primitivos, pero, consciente de su identidad, no puede renunciar ni a lo uno ni a lo otro. Y le será necesario asumir esa doble identidad para poder realizarse como persona, consciente de su diferencia con respecto a sus compañeros... A él le queda siempre el refugio de las noches pasadas en compañía de su abuela, evocando el mundo francés que ella conoció... Ese mundo fragmentario, esos recuerdos dispersos son suficientes para abrir al adolescente perspectivas inusitadas, para formarle en el amor de la belleza, de la cultura, de la ansia del deseo y de la vacuidad de su realización...

Universo francés, universo proustiano, el libro de Makine es un libro para afrancesados, o para amantes del recuerdo y de la belleza. Es, en todo caso, un bello producto en el que se alían la perfección del lenguaje, la belleza de la evocación y el resplandor deslumbrante de las metáforas. Es un libro para la primavera del amor... y para el recuerdo otoñal del más hermoso de los sentimientos: la fraternidad en lo bello y en lo amado.

Àngels Santa

Marina Mayoral, *Dar la vida y el alma*, Alfaguara, Madrid, 1997

Con frecuencia la mujer aborda la temática amorosa, desde la mera descripción de las fases del amor hasta la reflexión metafísica sobre ese sentimiento y su significado pasando por todo un anecdotario de situaciones y posibilidades. Desde hace un cierto tiempo la narrativa femenina incide en lo autobiográfico y en lo amoroso. Y tenemos una gran variedad de confesiones en femenino que nos cuentan una experiencia única, una experiencia que transforma la vida por completo, una experiencia que tiene siempre como inicio y como fin la pasión amorosa.

El libro de Marina Mayoral, publicado por Alfaguara, que lleva como título *Dar la vida y el alma*, corresponde plenamente a ese esquema. La autora es una profesora de literatura española que completa su tarea docente con la escritura o simplemente una escritora que enseña literatura en una

universidad. Por ello el tono profesoral se apodera del libro y Marina Mayoral no resiste en varias ocasiones a la tentación de dar una lección, de explicarnos tal o cual cuento, de interpretar tal o cual novela. Cabe señalar en su favor que ella siempre se halla acorde con el tema central de su relato pero a veces es innecesario. No añade nada a lo que admirablemente describe Marina Mayoral, ese eterno tema que desde Tristán e Iseo, pasando por la princesa de Clèves para llegar a la narrativa del siglo XX, tortura y preocupa al ser humano, a saber los estragos de la pasión amorosa.

El título escogido por la escritora es, para mi gusto, demasiado trascendente, poco comercial. Es como si de golpe, la autora quisiera sumergirnos en un universo de entrega total, de entrega irracional, de ofuscación, como si desde las primeras líneas quisiera señalar que no se trata de un relato cualquiera, sino de la confesión, del análisis, de la reflexión, sobre el sentimiento propio, sobre el sentido de amar y dejar de amar, de sentir y dejar de sentir, de compartir y de perderse en el mundo de la diversidad con respecto al objeto del amor. La dedicatoria continúa en el mismo tono “A él, que ni le gusta, ni le interesa”. Desde ese mismo instante tenemos la sensación, la intuición de que ese *él* es el punto fundamental del relato. Ese *él* funciona como el “dios escondido”, siempre presente y siempre ausente, pero está ahí y el relato, un relato que no le gusta ni le interesa es en realidad una manera de hablarle, una manera de continuar con él el diálogo para romperlo finalmente cuando todas las palabras se han acabado, cuando la ruptura inicia el camino de la ausencia. El libro es la última conversación sostenida por los dos amantes, el último diálogo posible entre los dos. Al terminar la historia la narrador-escritora tiene muy claro que ha dado al traste con una etapa de su vida y que la escritura le ha proporcionado los medios para empezar a vivir sin él. Puesto que para justificar el desamor, para explicar el fin del amor, Marina Mayoral necesita contarnos una historia de amor eterno, de amor sin límites como contrapunto.

Discernir los elementos biográficos que parecen importantes sobre todo a partir de la dedicatoria no es para mí capital. En realidad lo que sí es realmente importante es constatar que en el libro hay dos historias paralelas e igualmente interesantes o igualmente ilustradoras de la teoría amorosa de la autora: la historia de la narradora con un personaje, obsesivo y ausente, y la historia que ella pretende contarnos: la del amor de Amelia, que permaneció fiel a Carlos durante toda su vida pasando por alto que él la abandonase en París durante su noche de bodas con un camisón por toda indumentaria. Autobiografía o descripción, es siempre la voz femenina la protagonista. El hombre se halla ahí como objeto del deseo pero fuera del análisis de intenciones y sentimientos. El amor, la pasión, son vistos por una mujer, sentidos por una mujer, juzgados por una mujer. Y tal vez ahí radique el interés de la narración. El objeto del deseo es sólo eso: objeto y poco

importan sus intereses, sus deseos, sus sensaciones...Sólo tienen importancia en función de lo que despiertan en el alma femenina.

Oigamos la voz de la narradora: “Que una mujer esté enamorada toda la vida de un hombre al que no vuelve a ver y que no merece ese amor, podrá ser una locura, pero ¿qué amor no lo es?, ¿quién merece el amor?, ¿quién merece convertirse en el centro del universo, en la fuente de todas las alegrías, en la razón que basta para dar sentido a una vida? El amor no se merece, no es una transacción ni un negocio en el cual si pones tanto debe recibir cuanto. Se inspira o se siente sin que la mayor parte de las veces haya correspondencia entre ambos términos.”(p.65)

Es difícil aceptar que la pasión sea tan real, tan obsesiva como la describe la literatura, como la describen autores como Racine. Parece que la pasión sea cosa de la escritura y que esté condenada a morir en brazos del asfalto, de la era moderna y de la cotidianidad. A pesar de todo es necesario constatar que no es así, que la pasión florece entre las espinas de lo diverso, entre las espinas de lo cotidiano, que la pasión es posible incluso en los medios y en los lugares más desfavorecidos. Pasión individual, pasión solitaria, tal vez, pasión que se basta a sí misma y que prescinde de lo recíproco porque ese tipo de pasión se nutre de su propia obsesión. Corneille nos habla de la imperiosa necesidad de la correspondencia en el verdadero amor. En su *Cid*, Rodríguez sin Jimena no es concebible. En la pasión el individuo se nutre de la imagen del otro, se nutre de la obsesión, se nutre de la irrealidad, se nutre de todo aquello que puede atizarla incluso de la misma indiferencia. Cualquier gesto, cualquier mirada, cualquier intento son interpretados en términos de la pasión como un alimento, como un acicate, como un alentar el mórbido deseo que va más allá de toda razón, de todo intento de encontrar una explicación real al sentimiento, de todo intento de racionalizar el instinto y de obedecer a esquemas coherentes.

Ese tipo de obsesiva fijación de un sentimiento, sobre todo cuando no es correspondido, encuentra el rechazo de la gente. Nadie comprende una fidelidad estéril. Hay que vivir, nos dicen. Y Marina Mayoral encuentra palabras admirables para describir esa situación. “La gente suele decir: no hay que negarse a la vida, hay que vivir...¿Vivir qué? Amores sucesivos, desengaños sucesivos, cansancios sucesivos. Acumular la experiencia de que todo pasa, todo se olvida, nadie es insustituible... pero eso no es verdad, o no es toda la verdad. Alguna vez hay alguien que no se puede o no se quiere substituir. O, mejor aún: hay alguien que quiere seguir queriendo, que no quiere olvidar, aunque el amor sea ya sólo olor, la última forma de amar”(p.66)

En sus últimas palabras la escritora recoge la frase de Pedro Salinas en *La voz a ti debida*. Frase que encierra una gran verdad. La vida sin amor no merece la pena ser vivida. Y es mejor el dolor de amar a la ausencia de

cualquier sentimiento. Al menos el dolor es la prueba fehaciente de que estamos vivos.

Sin embargo, para Marina Mayoral, la reflexión sobre el amor va más lejos todavía: “Lo que me interesa y lo que querría entender es esa clase de amor que no conoce la jactancia, ni la vanidad, ni la soberbia; que no busca su interés ni su conveniencia; que siempre disculpa, siempre se fía y siempre espera; un amor que todo lo tolera, que todo lo da y que nada exige; un amor que no pasa nunca, que permanece siempre. Quizá ese amor sólo pueda sentirse cuando se cree en Dios”. (p.66)

Del amor pasión-raciniano la autora nos conduce hacia la sublimación del amor, hacia la entrega total que simboliza el amor en cierto tipo de cristianismo. El amor humano se confunde con el amor divino para llevar al hombre hacia el camino de la trascendencia.

Ese amor es difícil de comprender y de aceptar por los que nos rodean. Es bonito encontrarlo en los libros pero no lo es tanto el tenerlo a nuestro lado, junto a nosotros: “Los grandes amores siempre se miran con desconfianza entre las gentes de ordes, como si un sentimiento tan intenso tuviese algo de vicio y no pudiera producir al cabo más que desgracias.

Aristóteles consideraba el amor un pasión, un desarreglo del alma, y esa idea sigue viva en gran parte de la sociedad. De una persona que está muy enamorada no solemos decir que quiere, ama profundamente a su pareja. Más bien decimos que está loco por ella, o loca por él, y siempre hay en nuestras palabras un matiz de ironía o de compasión hacia esa persona que tiene obnubilado su entendimiento. El amor inspira desconfianza porque tendemos a identificarlo con la falta de razón, sobre todo cuando creemos que la otra persona no es digna de ese sentimiento.” (p.74)

Roger Martin du Gard consideraba el amor como una enfermedad, como una especie de sarampión contagioso, y pensaba que era mejor encerrarse hasta que hubiese pasado porque el ser humano era ridículo cuando se hallaba poseído por el sentimiento amoroso.

Lo cierto es que el amor nos gusta en los libros. Pero si lo hallamos a nuestro alrededor nos parece ridículo, desfasado, fuera de lugar. Ello obedece de manera fundamental a que los héroes literarios tienen la forma de nuestros sueños, mientras que los seres que nos rodean poseen una corporeidad concreta de la que difícilmente podemos prescindir y que puede gustarnos o no.

Como vemos, la narradora no se limita a contarnos una historia de amor más o menos atractiva, más o menos creíble. Lo que en realidad hace es presentarnos su propia concepción sobre el sentimiento amoroso y reiterar su creencia fundamental de que lo único realmente importante en una existencia es la manera en cómo se vive el amor; esa manera define al ser humano y lo configura. Allí se halla su verdad, puesto que el amor pone su alma al

desnudo y muestra lo más recóndito de la misma. En resumen, existimos sólo en y por el amor... El resto significa simplemente sobrevivir.

Àngels Santa

Sylvie Dervin, *Les amants de la nuit*, Plon, Pocket, n° 7178, Paris, 1997

Buenos días, tristeza...Feliz Navidad...1997

Y a-t-il donc une aune pour mesurer l'amour
et une limite qu'on ne saurait dépasser?
(¿Existe, pues, una vara para medir el amor y un límite
imposible de superar?)

Los amantes de la noche

Ese es el título que Sylvie Dervin da a la imaginada historia de amor entre Mme de Sévigné, la más ilustre epistológrafa de las letras francesas, y el Ministro de Finanzas de Mazarin, Nicolas Fouquet. Hemos pensado que era posible establecer un paralelismo entre otros amantes nocturnos, los personajes de Juan Marsé, la oscura Montse, la radiante Teresa y el arribista, aunque entrañable, Pijoaparte.

Notas aclaratorias:

Mme de Sévigné: Mujer muy cultivada, que frecuentaba la vida mundana de su época. Casada con el marqués de Sévigné, se quedó viuda muy pronto ya que su marido murió a causa de un duelo en 1651. Pasó su vida entre París y sus propiedades bretonas. Profesó por su hija un amor absoluto y sin límites y se hizo célebre a través de las cartas que le escribió, aunque muchos otros fueron el objeto de sus epístolas. A través de sus cartas, Mme de Sévigné expresa una visión del mundo serena en que la escritura se convierte en la marca de una victoria sobre la ausencia. Marcel Proust la consideraba una gran escritora.

Nicolas Fouquet: Hombre de estado, gozó del favor de Mazarin, pero luego Luís XIV le envidió su suntuosa mansión de Vaux, y sus poderosos amigos. Todo ello causó su desgracia; tras un largo proceso fue encerrado en una fortaleza y sólo le mantuvo en vida la confianza de algunos escasos amigos entre los que se contaba Mme de Sévigné. Su muerte tuvo lugar rodeada circunstancias obscuras.